

VOCACIÓN A LA SANTIDAD 1/5

Contextualización, Biblia, Santidad ontológica

Monseñor José Ignacio Munilla

(Transcripción aproximada del audio)

Me dispongo a impartir un curso de espiritualidad sobre el tema de la santidad, que voy a comenzar por explicar cómo ha surgido: fueron unas religiosas siervas de María, de Estados Unidos, las que me pidieron que abordarse, en un cursillo formativo, el tema de la santidad con motivo de que, en el día de San José del año 2018, el Papa Francisco había publicado la exhortación “Gaudete et exultate” sobre el tema de la santidad.

Quiero hacer una reflexión y me quiero basar, no únicamente en “Gaudete et exultate” que, obviamente, tiene un tono más pastoral de popularización, de lo que es la santidad; quizás la frase más famosa de “Gaudete et exultate”, del Papa Francisco, ha sido esa de “los santos de la puerta de al lado”, Él ha hecho un gran esfuerzo de popularizar la santidad, de entender que es una vocación para todos nosotros y no para un resto de privilegiados. Pero también, quiero hacer una fundamentación teológica, que obviamente en esa exhortación no se hace y he echado mano principalmente de un gran libro de teología espiritual: “Síntesis de Espiritualidad Católica” de Don José Rivera y José María Iraburu, que está publicado en la Fundación Gratis Date, en el que también me basó principalmente en las primeras reflexiones, y sin más voy al tema de nuestra llamada a la santidad.

A modo de introducción, partimos de una llamada que la Sagrada Escritura recoge de forma nítida y clara: Dios Padre nos ha elegido en Cristo, desde toda la eternidad, antes de la creación del mundo, para que seamos santos... la carta de San Pablo a los Efesios (1, 4), lo afirma con contundencia, ¡nuestra vocación es a la santidad! Dios nos pensó así, desde siempre, desde toda la eternidad, para eso hemos nacido y, si no llegamos a eso, hemos fracasado, porque será el fin de nuestra vida, para eso habíamos sido creados. Esto viene muy bien a marcar cuál es el fin y la vocación de nuestra vida, para saber en dónde tenemos que invertir nuestro esfuerzo, nuestra preocupación, esa es nuestra única meta. Sólo hay un fracaso en esta vida, que no es: no terminar la carrera, no conseguir ese puesto, no casarme, etc.. No, el único fracaso es no ser santo, porque esa es la vocación originaria, la fundamental.

Esto de la santidad ¿qué significa?, porque no estamos muy habituados a la palabra “santidad”. Yo sé que hay muchas personas que la palabra “santos”, les suena un poco, al polvo del retablo de unas figuras, algo ajeno a sus vidas... ¿Santidad es lo mismo que perfección? ¿ser santo y ser perfecto es lo mismo? por ejemplo, podríamos partir de ahí para hacer un primer intento de aproximación. Si desde el punto de vista cristiano, si hablamos de perfección cristiana, entonces sí: ser santo y ser perfecto es lo mismo y, de hecho, hay un pasaje evangélico en el que Jesús dice «sed perfectos, como mi Padre celestial es perfecto», pero “ojo”, se está refiriendo a perfección en el sentido cristiano de la palabra, en el sentido de que las virtudes humanas necesitan de la gracia de Dios para perfeccionarse. Pero si

hablamos de perfección en el sentido no cristiano, sino humano, el perfeccionismo, el que las cosas sean perfectas, que no tenga ningún tipo de fallo, pues entonces la santidad y el perfeccionismo son dos cosas muy distintas. Uno puede ser santo, uno está llamado a ser santo, conviviendo con imperfecciones: en su limitada capacidad intelectual, su insuficiente educación, en muchas facetas de la vida tiene muchas imperfecciones, pero eso no le impide llegar a la santidad. Luego, santidad y perfección es lo mismo en un sentido, pero no es lo mismo en otro sentido que es el que habitualmente solemos utilizar la palabra «sed perfectos»: sin ningún tipo de fallo. En ese sentido, santidad y perfección son dos cosas distintas.

Para dar otra aproximación, que nos contextualice todo lo que vamos a ir explicando en este curso, diría que, el marco en el que nos vamos a mover para entender correctamente, equilibradamente, lo que es la santidad, que todos estamos llamados a la santidad, es un marco que tiene dos errores contrapuestos, y el catolicismo tiene un equilibrio frente a éstos, y es muy importante el equilibrio católico para entender correctamente lo que es la santidad.

¿Cuáles son los dos errores contrapuestos, ante los que tenemos que tomar igualmente distancia? Por una parte, está lo que podríamos llamar la tendencia pelagiana, que afirma la libertad del hombre, las cualidades del hombre, las capacidades del hombre, en detrimento de la gracia divina; el hombre parece que no se santifica por la gracia de Dios, sino que es su esfuerzo, es su voluntad, es el buen uso de su libertad el que le lleva a la perfección: ¡qué horror! Ese es un extremo del que tenemos que huir como de la peste.

Pero también hay otro error del que hay que huir, y es el polo luterano, que afirma lo contrario. Si el pelagianismo sobre afirma la libertad en detrimento de la gracia, Lutero lo que hace es afirmar la gracia, pero en detrimento de la libertad, y también tenemos que huir de esto. Tenemos que huir de pensar que la santidad es un don de la gracia en el que no esté implicada nuestra libertad, con el que nuestra libertad no tenga que colaborar, esforzarse. Hay una frase que me vais a escuchar a lo largo de este curso, un poco anti luterana, que dice lo siguiente: 'cuando Dios da su gracia, el hombre suda', suda en el sentido de que Dios te da su gracia, no para que tú te cruces los brazos, sino para que tú impliques toda tu libertad, pongas toda la carne en el asador, como se dice en esa expresión castellana, para que todas las cualidades del hombre se desarrollen plenamente.

Con lo cual, para entender correctamente qué es la santidad, tenemos que huir de dos errores contrapuestos: el error pelagiano y el error luterano. El error pelagiano lo que hace es sobre afirmar las capacidades de la voluntad y de la libertad, en detrimento de la gracia divina; y el error luterano lo que hace es hacer un acto de confianza y de abandono absoluto en la gracia divina, pero olvidando la participación y la colaboración de la libertad y de la voluntad humana. Frente a esos dos errores contrapuestos tiene que existir un equilibrio para la clara vivencia de la llamada a la santidad.

Entre estos dos errores a los que me he referido, ¿Cuál de los dos, hoy en día, tiene más influjo? yo creo que, sin duda alguna, el que más influjo tiene es el error pelagiano, el que confía equivocadamente en la voluntad, como si fuese la voluntad humana la que va a tener la capacidad de llevarnos a la perfección; confía en las solas fuerzas del hombre. Esto también depende de las modas. Si en un tiempo, en el que la sociedad fue religiosa y mantenía hábitos de vivencias religiosas, en ese momento, esa tendencia pelagiana se

traducía en pensar que, 'van a ser mis ayunos y mis penitencias las que me van a santificar'; o sea, uno ponía su confianza en determinadas obras y prácticas de ayunos, penitencias, pensando que por puro voluntarismo, yo, si hago todas esas renunciaciones, eso es lo que me va a llevar a la santidad. Eso era un riesgo de voluntarismo pelagiano.

Hoy en día, ciertamente, el pelagianismo se suele manifestar en otras cosas, se suele traducir pensando en que, son las obras buenas del hombre: la solidaridad con los pobres, mi implicación en el voluntariado para intentar hacer una sociedad más solidaria... eso es lo que va a llevar al mundo a la perfección. Pero "ojo", también esto es pelagianismo, también esto es voluntarismo, pensar que es el esfuerzo de mi voluntad el que me puede llevar a la perfección o que puede llevar al mundo a la perfección, sin contar con la gracia de Dios, olvidando que, sin la gracia de Dios, sin su don, no somos nada.

Por eso digo que, entre los dos errores, el pelagiano y el luterano, creo que el pelagiano sigue siendo, en este momento, disfrazado de humanitarismo (disfrazado de una pretensión de cambiar al mundo desde un humanitarismo que no necesita de Dios, desde nuestras horas de solidaridad), el que vaya a cambiar el mundo. Es un pelagianismo encubierto. Pero por mucho que está encubierto, hay que decir que la psicología nos muestra que las supuestas heroicidades del hombre, que hace el bien en favor de los demás, pueden estar encubriendo muchas cosas; por ejemplo, alguien es muy solidario, se compromete con muchas cosas en la sociedad, pero lo hace buscando un prestigio social o busca auto justificarse, o busca gustarse a sí mismo. Ser un héroe no quiere decir ser un santo. Una persona puede ser un héroe, un supermán, pero lo que está buscando es "likes". Busca quedar bien y no busca el bien en sí mismo, no busca la gloria de Dios. Se está buscando a sí mismo en las cosas que hace, y eso no tiene nada que ver con la santidad.

Por tanto, el heroísmo y la santidad no son dos cosas que vayan de la mano, aunque muchos santos han realizado obras que nos han parecido heroicas, pero ellos no han buscado brillar ante el mundo; por lo tanto, la santidad es otra cosa frente a esos dos extremos de errores de partida. Entonces, ¿qué es la santidad y cómo tenemos que buscarla? Bueno, todo esto lo he dicho un poco, a modo de introducción, para entender qué es lo que vamos a ir desarrollando en este curso. Ahora voy avanzando y voy a entrar, ya de una manera un poco más ordenada, a la explicación de lo que es la santidad.

Primero la santidad en la Biblia. En la Sagrada Escritura se hace una afirmación con contundencia, inequívoca, que no cabe lugar a duda, me refiero a que ¡sólo Dios es santo! ¡sólo Dios es santo!... además, tres veces santo, dice Isaías 6, 3: «Santo, Santo, Santo, es el Señor Dios del universo». Sólo Dios es Santo, el hombre por su naturaleza no lo es, es pecador. La naturaleza de Dios es la santidad: en Dios, su ser y la santidad se identifican; decir Dios, equivale a decir santo.

Sería absurdo pensar en un Dios del mal, como a veces se ha pensado. Ha habido por ahí, algunas visiones dualistas en la historia de la humanidad, que han hablado del dios del bien y el dios del mal; por ejemplo, el mazdeísmo o el maniqueísmo... imaginémosnos... un dios del mal no sería Dios, porque Dios es infinito, todopoderoso y santo. Dios tiene todas las cualidades y el mal no es ninguna cualidad. Luego, Dios en su esencia es santo; si hubiese un ser, que tenga cierto poder, que es malo, es que no es Dios, como es el caso del demonio, que es una criatura, pero no es Dios ¿cómo va a ser Dios, el demonio? Insisto, la visión

dualista de que hay un dios del bien y un dios del mal es totalmente absurda. Dios es santo igual que Dios es infinito, es todo bondad, es todo luz, es todo gracia. Por tanto, insisto, ¡sólo Dios es santo!

La santidad es algo sobrenatural y es propio de Dios; para nosotros, por lo tanto, es imposible que tú y yo seamos santos, eso es un milagro, pero los milagros existen. Pero a ti y a mí no nos corresponde ser santos, porque no nos toca, eso le toca a Dios, para el hombre es imposible. Es decir, no se trata de que, como no me he portado bien, no puedo ser santo, no, no es porque no te portes bien, sino porque es una imposibilidad ontológica, o sea, te supera completamente. La santidad es algo que pertenece a Dios, no a la criatura, pertenece al Creador.

Ahora bien (y esta es la gran afirmación que hace la teología católica), por participación y por misericordia de Dios, Dios puede santificar al hombre, haciéndole partícipe de su santidad, por pura gracia, por pura misericordia. La santidad de Dios puede ser participada, si por ejemplo, decimos que san Pío de Pietrelcina es santo, esa santidad no es una santidad distinta de la de Dios, sino que es una santidad participada de la de Dios. Si decimos que Santa Teresa de Calcuta es santa, no es como una santidad añadida o restada a la de Dios, no, no, es participada de Dios; y así puedes añadir, por ejemplo, la santidad de la Virgen María, que es una santidad participada de la santidad de Dios.

La santidad de los santos no hace sombra la santidad de Dios. El mundo protestante, por ejemplo, es muy reacio, no quiere hablar de santos, porque le parece que si hablamos de santos estamos olvidando que sólo Dios es santo. Es obvio que sólo Dios es santo. La santidad del hombre es todavía un reflejo, de hasta qué punto es grande la santidad de Dios, que es capaz de hacernos a nosotros, partícipes de ella, sin restarle nada a Dios, todo lo contrario. Nuestra santidad ni resta, ni añade a la de Dios, pero es participada por puro don, por pura misericordia. Así lo decimos en la liturgia eucarística: «Santo eres en verdad Señor, fuente de toda santidad». No solamente dice «Santo eres en verdad Señor», sino luego dice, «fuente de toda santidad». O sea, que la santidad de Dios es una fuente de la cual bebemos los demás, es una fuente para que bebamos de ella, para que nos empapemos de ella. La santidad de Dios es expansiva; se dice que el bien es expansivo, bueno pues, también la santidad es expansiva, la santidad es contagiosa, el que se acerca a Dios se va contagiando de la santidad. El que se acerca a los que se han acercado a Dios también se va contagiando de la santidad.

También es verdad que el mal es contagioso: si uno se acerca a ambientes en los que reina el pecado, posiblemente él también se va a ver bajo ese influjo; pero como digo, el bien es difusivo, la santidad es difusiva. «Santo eres en verdad Señor, fuente de toda santidad». Acercarse a Dios es santificarnos, como por ósmosis, y lo mismo, quién se acerca a la gente santa, se va santificando. Permitidme un breve paréntesis: me llamó mucho la atención en una ocasión, cuando asistí a una liturgia maronita (los maronitas es uno de los ritos orientales católicos), y llegado el momento de darse la paz (ellos dan ese rito de la paz de una manera que yo no conocía), el sacerdote toca con su mano la sagrada Hostia consagrada, en la que está Jesucristo, y con esa mano que ha tocado a Dios, toca al monaguillo o al asistente que tiene junto al su lado, su mano toca al que ha tocado la sagrada hostia, y luego, ese que ha tocado la mano del sacerdote, baja al pueblo y va tocando la mano y uno toca esa mano y vuelve a tocar a otros; la santidad consiste en ir tocando el que ha tocado la mano de Dios,

es decir, acercarnos a Dios, que es la fuente de toda santidad. Algo así como la hemorroísa, ese pasaje entrañable del Evangelio en el que, tocando el manto de Jesucristo queda sana.

Si, la santidad es difusiva, y ahora algo muy importante: estamos diciendo que sólo Dios es santo, pero no de una manera cerrada en sí mismo, sino difusiva. Algo muy importante, Jesús es también santo, porque es el Hijo de Dios; y por el hecho de haberse hecho hombre, no ha dejado de ser santo, porque digamos, el mundo dualista o reencarnacionista diría que 'no se puede ser santo en un cuerpo humano', 'lo humano es incompatible con la santidad', 'no se puede tener un cuerpo humano y ser santo'...Un momento!, el gran anuncio del Arcángel a la Virgen María le dijo: «será Santo, se llamará Hijo del Altísimo». El Dios encarnado sigue siendo tan santo, como antes de encarnarse en el cielo. No por haberse encarnado, ha perdido santidad. Este es el gran anuncio: la Encarnación no ha restado santidad a Dios, sino que ha dado capacidad a la carne humana de participar de la santidad de Dios, que es distinto.

Los que acogen a Cristo, los que se cristifican, se santifican, son templos del Espíritu Santo. ¡Qué gran potencia tiene la Encarnación! Algunos pensaban (quieres tienen esa concepción digamos dualista de tipo oriental), que la santidad y nuestra condición carnal y material son incompatibles; pues no es verdad. Pero, ¿no estaba reservada la santidad para el que es un Espíritu puro e infinito? ¿no hemos dicho que ser santo solamente puede ser Dios, que la criatura no puede ser santa? Sí, lo acabo de decir, pero lo he dicho hasta que llegó la Encarnación. Cuando llegó la Encarnación, también la criatura puede participar de la santidad de Dios y la Encarnación ha hecho posible la santificación de la carne, la santificación del hombre; lo que era ontológicamente imposible: que la criatura pudiese ser santa, que en la materialidad nuestra pudiese haber santidad, se ha conseguido por la Encarnación del Verbo. Ahora lo que hace falta es que esa santidad ontológica también vaya creciendo en una santidad moral. Por lo tanto, «sólo Dios es santo», y al mismo tiempo, infinita es su misericordia que nos llama a participar de su santidad, a la cual podemos llegar gracias a la Encarnación de Jesucristo.

¿Y esto, cómo se hace? El hombre, que es criatura, es elevado, es deificado en su ser a un estado que no le corresponde como criatura, que es un estado de santidad por la participación del don de Dios. Voy a explicar esto: no únicamente estamos llamados a ser moralmente, éticamente santos, no; es que ontológicamente, en nuestro ser, somos elevados a la santidad. A ver si explico esto: la Sagrada Escritura dice, eres hijo de Dios, has nacido de lo alto, has nacido en el Espíritu; no dice: si te portas bien, yo te voy a tratar como si fueses mi hijo (hijo de Dios), no, no es si te portas bien; aunque te portes mal, no dejas de ser hijo...esta es la parábola del hijo pródigo.

En la parábola del hijo pródigo, la gran sorpresa está en que, aquel hombre que había marchado de la casa de su padre, que había mal gastado toda la herencia con prostitutas y de mala manera, había derrochado perdidamente todo, dice: 'que tonto he sido, volveré a la casa de mi padre y le diré, mira ya sé que ya no soy hijo, pero yo te pido que me aceptes como un criado a partir de ahora'; y la sorpresa que se lleva es que, cuando vuelve a casa, se da cuenta que seguía siendo hijo, aunque sus obras habían destrozado completamente todo; su padre le coge y le da el anillo, le pone las sandalias, le dice, 'tú has sido hijo siempre, incluso cuando te habías marchado de casa, cuando estabas destruyendo tu vida, no dejabas de ser hijo'; o sea que, no es que si te portas bien, te voy a tratar como a hijo mío, no, no, es que "tu ser hijo" no puedes dejar de serlo, pues lo eres ontológicamente.

Es como cuando alguien viene a las parroquias y dice 'bórrame del bautismo, que quiero apostatar'... 'hombre, yo podré hacer constar que usted ha pedido la apostasía, pero el bautismo no se puede borrar, usted es hijo de Dios y lo va a ser siempre, va a ser un hijo de Dios, apóstata, pero va a seguir siendo hijo de Dios y si un día se arrepiente y vuelve, no va a tener que volver a decir 'ahora quiero ser hijo', si lo ha sido siempre, no ha podido dejar de serlo'. Es que ser hijo, ser santo, es algo ontológico. Tener la condición de santidad por ser hijo de Dios es algo ontológico. No sólo es moral, no sólo es ético, antes que moral y ético es ontológico, está en tu ser. La gracia divina no sólo es sanadora del pecado, también es elevante, es que nos ha elevado a la condición de hijos. Aunque estés totalmente ensuciado, aunque estés empecatado, eres hijo, eso no puedes dejar de serlo y nadie te lo puede quitar.

¿Y esto cómo ha acontecido?, esta dignidad, este ser santos en nuestro ser de bautizados ¿cómo ha llegado a ser? Esto ha acontecido por el don de la Encarnación, por lo que los santos padres de la Iglesia hablan el día de Navidad, cuando se reza el oficio, San León Magno dice «¡Oh admirable intercambio!», Dios ha tomado la naturaleza humana, la condición humana, para que tú puedas tomar la condición divina, Él se ha hecho hombre para que tú puedas ser hijo de Dios; Él ha asumido tu condición humana para que tú puedas participar de la condición divina, «¡Oh admirable intercambio!». Por ejemplo, San Juan Crisóstomo, otro padre de la Iglesia, dice: Cristo nació según la carne, para que nosotros nazcamos según el espíritu; o, por ejemplo, el famoso prólogo del Evangelio de San Juan: «Vino a los suyos y los suyos no le recibieron, pero a cuántos le recibieron, les dio poder de llegar a ser hijos de Dios» si creen en su nombre. Es decir, recibir a Jesucristo, recibir la Encarnación, nos da la capacidad de ser hijos de Dios, ontológicamente, y en una condición que es para siempre, entonces, somos santos ontológicamente. Un cristiano es alguien santo ontológicamente.

Permitidme una pequeña digresión: hay dos niveles de antropología a la hora de explicar el misterio del hombre, la antropología filosófica y la antropología teológica. La antropología filosófica explica que el hombre es una dualidad de cuerpo y alma (en nosotros hay un cuerpo y un alma), un alma que es inmortal y un cuerpo que es mortal; esa es la antropología filosófica. Pero la antropología teológica añade algo más, dice que somos cuerpo alma y espíritu. Por ejemplo, la primera carta de San Pablo a los Tesalonicenses donde dice que somos cuerpo alma y espíritu. ¿Qué significa cuerpo alma y espíritu? Se refiere a que, en nosotros también está el don ontológico del Espíritu Santo, junto a nuestro cuerpo, nuestra alma, el don sobrenatural de habernos hecho hijos de Dios; es un tercer elemento clave en nuestro ser, yo no sólo soy cuerpo y alma, en mí también habita el Espíritu Santo que me ha configurado, me ha hecho hijo de Dios.

Para explicarme en esto, sabemos que Adán y Eva recibieron el alma, fueron los primeros animales que en esa evolución progresiva (primates que habían tenido una evolución de progresiva hominización), llegado un momento en el que su cuerpo había sido suficientemente evolucionado, hominizado, Dios les infundió el alma. En Adán y Eva, por lo tanto, comienza el misterio del hombre de ser no sólo cuerpo, como eran antes de que Dios infundiese el alma en un cuerpo. Compaginando ese pasaje de la Escritura, de la creación del mundo, con esa explicación o teoría de la evolución Adán y Eva serían pues, la primera pareja de animales que, en una progresiva evolución su cuerpo ya había llegado a un cierto grado de perfección, cercano a lo que entendemos por un homínido, pero no llegó a ser hombre hasta que Dios creó e infundió un alma.

Fijaros en aquel pasaje en el que dice que Dios formó a Adán del barro de la tierra y luego le insufló en su nariz un aliento de vida. El alma no viene por una evolución progresiva de la materia, no, no, el alma ha sido creada directamente por Dios. Digamos que ha habido un proceso evolutivo que se ha abierto a recibir el alma, pero el alma es puro don de Dios, una acción libre de Dios que crea libremente al hombre a su imagen y semejanza. Esto es la antropología filosófica. Pero, llegada la plenitud de los tiempos, en Jesucristo el hombre, que es cuerpo y alma, estaba abierto, estaba suspirando por recibir la gracia, el levante, la participación de la vida divina, y Dios la dio en Jesucristo. Cuando Jesucristo se encarna, le da la capacidad al hombre de recibir la condición de hijo de Dios, la capacidad de ser santo, porque ser hijo de Dios y ser santo es lo mismo; ontológicamente el que es hijo de Dios, ontológicamente es santo.

Si a Adán y Eva, Dios les dio un alma, y pasaron de ser animales a ser hombres, cuerpo y alma, a nosotros después de la encarnación de Jesucristo se nos da, por el don del bautismo, por el don de la gracia, el Espíritu Santo, para que nosotros siendo cuerpo y alma, pasemos también a ser espíritu: cuerpo alma y espíritu, que es la tríada de la antropología cristiana. Somos un hombre santificado, elevado a la condición divina; por eso se dice, somos santos, sólo Dios puede deificar. Cuidado con las falsas deificaciones, con las falsas divinizaciones, a veces hablamos de la naturaleza, como si la naturaleza fuese divina. La naturaleza no es divina, hablamos de la hermana naturaleza, pero la naturaleza no es divina; divino ha sido el hombre, que en Cristo ha sido elevado a la condición de hijo de Dios y ha sido santificado.

Así se cumple la promesa de Dios (que está reflejada en el salmo 82), de divinizar al hombre: «sois dioses, hijos de Abraham». El pecado original había tenido precisamente esta tentación: el diablo les dice la serpiente 'seréis como dioses', pero era la tentación de pretender ser como dios sin Dios, era la pretensión de hacerse como un contrincante de Dios, «seréis como dioses» y esa fue la gran hecatombe de Adán y Eva, pretender ser Dios frente a Dios, contra Él, sin Dios. Sin embargo, por la gracia de Jesucristo, podemos llegar a participar de la naturaleza divina, 'sois dioses en Jesucristo', participando del don de su divinización. Él nos diviniza, se hizo hombre para que nosotros pudiésemos participar de la condición de hijos de Dios.

San Juan de la Cruz, es uno de los grandes maestros de la doctrina espiritual de la Iglesia, uno de los grandes místicos; a veces, nosotros hemos pensado que la mística no es para todos los cristianos, sino que la mística es para algunas almas muy especiales, no, ¡no! La vida mística sería, digamos, la desembocadura normal de un río, un río lo normal es que desemboca en el mar; pues así, la vida de un cristiano que va creciendo en perfección, lo lógico también es que vaya desembocando en una vida mística, Pero por desgracia, lo que es normal a veces no es tan corriente, porque nuestra falta de deseo de santidad y de fidelidad en el camino a la santidad, hace que muchas veces no llegamos a la vida mística, cuando lo lógico sería que, los cristianos también caminemos en esa dirección. No quiero con esto decir, que todos los fenómenos de la vida mística tengan que darse en todas las personas. No, eso es otra cosa. Hay dones muy especiales y muy particulares que se han dado únicamente en algunos santos, en algunos místicos.

Pero ese don progresivo que san Juan de la Cruz va describiendo en la subida al Monte Carmelo, en el que dice como un alma progresivamente se tiene que purificar, y al mismo tiempo que se va purificando se va deificando, se va haciendo más semejante a Dios... eso

es una herencia común para todos los cristianos. Y dice él (subida al Monte Carmelo): «el alma queda esclarecida y transformada en Dios y le comunica Dios su ser sobrenatural, de tal manera que parece el mismo Dios». Dice, cuando un alma llega a ese nivel de la vida mística, el alma parece Dios, el alma más parece Dios que alma, dice San Juan de la Cruz y, aún puede decirse que es Dios por participación; el alma parece como si fuese Dios cuando participa de la gracia divina. Ojo, estamos hablando de pura doctrina católica, esto no tiene nada que ver con panteísmo ni con cosas raras, que hoy en día están muy extendidos. No tiene nada que ver con esos panteísmos porque, fijaros dice, 'por participación'.

El concepto teológico católico clave es este: 'por participación'. Dice San Juan de la Cruz: «lo que pretende Dios es hacernos dioses por participación, siéndolo Él por naturaleza, como el fuego convierte todas las cosas en fuego», así también la santidad de Dios convierte todo en santo, por participación. Esto no tiene nada que ver con panteísmo ni cosas raras. Es decir, que hay una gran afirmación que hacemos: que, por el don de Jesucristo, por su Encarnación, hemos sido elevados a una condición divina, y somos cuerpo, alma y espíritu. Lógicamente, para llegar ahí, tiene que haber una gran batalla; porque antes os he dicho, que cuando Dios da su gracia, es una gracia ontológica pero que ahora tiene que implicar la libertad; os he dicho antes, 'cuando Dios da su gracia, el hombre suda'.

En primer lugar, este proceso de santificación, de espiritualización, implica que el alma tiene que tener un "dominio sobre el cuerpo". No es el cuerpo el que debe dominar el alma, ¡no! es el alma el que debe dominar el cuerpo. Pero, sobre todo, es el espíritu (tríada antropológica: cuerpo alma y espíritu) el que tiene que dominar sobre el hombre entero: cuerpo y alma. Voy a explicarme de una manera un poco más detallada.

Todo aquel que se ha tomado en serio el camino de la santificación en esta vida, ha experimentado más de una vez que el cuerpo pesa, siente el cuerpo suyo como algo pesado, siente que el cuerpo es algo torpe, siente su indisposición, sufre mucho por la avidez que tiene el cuerpo a buscar el placer, a buscar la bebida, a buscar el placer sexual. Sufrimos esa tendencia carnal de tendencia al mal. No sé si conoces una anécdota muy bonita acontecida en el Concilio de Trento en el que los padres conciliares estaban hablando de la concupiscencia, que es la herida que el pecado ha dejado en nosotros, en nuestra carnalidad; tenemos una tendencia carnal. La concupiscencia no es pecado, pero es una inclinación al pecado, una inclinación al mínimo esfuerzo, una inclinación a lo placentero, a lo fácil, a lo cómodo, esa es la concupiscencia. Cuando los padres en Trento hablaban de esto, dijeron una frase que se ha hecho muy famosa: 'Esta asamblea conciliar confiesa y experimenta esa condición carnal de nuestro cuerpo que nos inclina al mal, nos inclina al pecado. No es que lo digamos en teoría, es que lo experimentamos. ¿Acaso vosotros también como yo, no experimentamos que al cuerpo hay que meterle en vereda? que, si al cuerpo le vas dando en cada momento lo que pide, al final se convierte en un tirano y nos va quitando libertad. Cuando uno va alimentando lo que apetece, lo que el cuerpo pide, al final eso se convierte en un monstruo que acaba acabando con tu libertad, eso forma parte de la experiencia de la vida, ¿o no?... sí, es que me pasa a mí y nos pasa a todos.

Por lo tanto, hay que tomarse en serio que hay una batalla y qué es el alma la que debe de dominar el cuerpo y no tenemos que permitir lo contrario. Y esto que estoy diciendo, no supone asumir ninguna teoría dualista, ¡no! nosotros no creemos en el dualismo; pero sí hay una dualidad. El dualismo es propio de los reencarnacionistas, el dualismo dice que hay que

prescindir del cuerpo y llegar a una nirvana en el que no haya cuerpo, nosotros no somos dualistas, dualistas son los reencarnacionistas; nosotros creemos en una dualidad, hay una dualidad, cuerpo y alma, una dualidad que es obvia, que el momento en que morimos, el alma se separa del cuerpo; y hasta la resurrección final, ese cuerpo no se vuelve a unir con el alma. Hay una dualidad, no dualismo, porque nuestro cuerpo está llamado a participar de la gloria de Dios. Pero hasta que se participe de la gloria de Dios, hay batalla. Y como digo, hay que luchar para que sea el alma la que domine el cuerpo y no el cuerpo el que pretenda imponerse al alma.

Yo describiría esto, con un poco más detalle. El alma tiene dos facultades, entendimiento y voluntad y una antropología equilibrada es aquella en la que el entendimiento ilumina y ordena la voluntad, y la voluntad es la que gobierna las pasiones. Sin embargo, un desorden de vida sería aquel, en el que son las pasiones las que dominan la voluntad y la voluntad la que domina el entendimiento. La imagen madura es aquella en la que uno dice ¿qué es lo que quiero?, lo que mi razón me ordena como bueno y ¿qué es lo que siento?, lo que mi voluntad ordena en mis sentimientos y mis pasiones. Sin embargo, la inmadurez es al revés ¿qué es lo que quiero? lo que me apetece, y ¿qué es lo que pienso? lo que quiero. ¡No! es el entendimiento el que debe de gobernar la voluntad y la voluntad la que debe de gobernar las pasiones.

Insisto, un culto indebido al cuerpo, a nuestro placer, a mi apetencia conlleva una dificultad, una imposibilidad de que el alma gobierne el cuerpo. Pero todavía, lo que es más clave y lo que es más significativo no sólo es el alma la que tiene que dominar en el cuerpo, es el espíritu, porque decíamos que, la antropología filosófica tenía el binomio de cuerpo y alma, pero la antropología teológica tenía una triada: cuerpo alma y espíritu. Es el espíritu el que tiene que dominar al hombre, cuerpo y alma; y cuándo el espíritu domina el alma, el cuerpo se termina sujetando también al alma (obviamente), le sirve humildemente.

La visión cristiana no es que se sitúe tanto en la dualidad, cuerpo y alma, que eso es más bien el dualismo de corte budista, de los que son reencarnacionistas y no creen que el cuerpo este llamado a la salvación. Nuestro escenario no se sitúa tanto entre esa dualidad, cuerpo y alma, sino más bien en la dualidad natural-sobrenatural. Esta es la clave, natural-sobrenatural, voy a explicar brevemente a este respecto. Hay que entender muchas expresiones de la Sagrada Escritura; por ejemplo, cuando la Escritura dice: «Lo que nace de la carne, carne es; lo que nace del espíritu, espíritu es» (San Juan). Se refiere a natural y sobrenatural, no tanto la dualidad cuerpo-alma.

La clave está en vivir sobrenaturalmente, es decir, ser movidos por el Espíritu Santo. «Los que son movidos por el Espíritu de Dios, esos son hijos de Dios» (Romanos 8, 14). Repito, la clave está en natural y sobrenatural, porque también alguien podría vivir en su vida espiritual, o podemos decir, en sus facultades de voluntad y de entendimiento a un nivel meramente natural, y no es así; también el alma tiene que ser elevada sobrenaturalmente, no solo el cuerpo; también el alma tiene que vivir naturalmente. Es el espíritu el que tiene que informar al cuerpo y al alma. Estamos llamados a vivir sobrenaturalmente, a que sea el Espíritu Santo el que asista a nuestra voluntad. Esta es la doctrina de los dones del Espíritu Santo; los dones del Espíritu Santo son los que tienen que mover nuestra vida, no solo las virtudes (que las virtudes son movidas por la iniciativa, al modo humano, es el entendimiento y la voluntad los que rigen el ejercicio de las virtudes). Nosotros, no sólo tenemos que movernos por las

virtudes, sino por los dones del Espíritu Santo; es la acción del Espíritu Santo la que tiene que mover al hombre.

Y así, cuando la Sagrada Escritura habla de que no hay que vivir carnalmente, no se refiere tanto a corporalmente, que nuestro enemigo no es el cuerpo, sino que no hay que vivir de una manera meramente natural, sino que hay que vivir de una manera sobrenatural. Hay que vivir empapados de la gracia de Dios, dejándonos mover por la gracia de Dios. Nosotros no consideramos la carne peyorativamente, ¡no! creemos en la Encarnación, la carne ha sido el lugar en el que Satanás ha sido vencido y el hombre ha recibido el don sobrenatural de la condición divina gracias a la Encarnación de Dios. O sea que, la espiritualización del hombre, absolutamente necesaria para llegar a la santidad, es fruto de la Encarnación de Dios

Entonces, yo me quedo en esta última afirmación: el camino hacia la santidad pasa por ese dominio del alma sobre el cuerpo, pero sobre todo por el dominio del espíritu sobre el hombre entero, cuerpo y alma, es decir, vivir sobrenaturalmente, vivir movidos por el Espíritu Santo, vivir movidos por su gracia, vivir en ese nivel sobrenatural. Y entonces entendemos, como ese ser santos, que Cristo nos ha alcanzado por su Encarnación, a nivel ontológico, tenemos que irlo alcanzando en nuestra vida moral, en nuestra vida espiritual.

Ese hijo pródigo, que volvió a la casa del padre, y se llevó la gran sorpresa de que no había dejado de ser hijo; sí, nunca habías dejado de serlo. Tú eres hijo, como hijo eres santo, tienes la condición de santidad. La parábola del hijo pródigo no cuenta lo que pasó después de que el hijo retornó a casa. ¿Vivió como hijo, ya que descubrió que era hijo y no había dejado de serlo nunca?, ¿vivió como hijo? ¿vivió sirviendo humildemente a su padre? ¿vivió superando todos los egoísmos y purificándose de todos los egoísmos que había generado cuando estuvo allí, destrozando su vida, desperdiciando su vida y viviendo entre cerdos?

Esta es la gran tarea, no hay otra tarea, no hay otra batalla, no hay otro quehacer más importante que el de la santidad. Que sea el espíritu de Cristo el que mueva nuestra vida, el que nuestras obras sean hechas conforme al querer de Dios y que nuestra vida sea del agrado de Dios. Que todo en nuestra vida proceda de él y sea para él. Hay una oración que dice: ‘Señor, que tu gracia inspiré, sostenga y acompañe nuestras obras, para que todo lo que hacemos te tenga a ti como su fuente y te tenga a ti como su fin’. O sea, que todas las cosas sean hechas, movidos por la gracia de Dios y para dar Gloria a Dios.

Continuaremos en este curso sobre la santidad... de esta manera lo hemos iniciado e iremos profundizando en estos conceptos y como he dicho, será también en “Gaudete et exultate”, esa exhortación del Papa Francisco publicada el 19 de marzo del año 2018, será también la que nos lleve a hacer aplicaciones bien prácticas y concretas en nuestra vida. Hasta pronto